

El Solitario

de Daniel Böhm

A veces se sentaban en puntas opuestas del salón de remates, el padre y el hijo, como queriendo ocultar su presencia, buscando un cierto anonimato. Otras veces se los veía ocupar filas más o menos cercanas. Pero de una forma u otra las subastas tardaban muy poco en polarizarse alrededor de los Vainer, convirtiéndose fatalmente en la arena de su enfrentamiento, y a todos nosotros en meros espectadores.

No es que me importara mucho. Yo ya estaba por cumplir mis treinta años como *marchand* (una especie casi en extinción) y ya había visto de todo. Pero los Vainer hacían subir los precios de las obras: eso sí que me molestaba. Con sus mal disimuladas disputas padre e hijo habían atraído a un nuevo público, bastante ignorante y mucho más entusiasta que el de costumbre, que de puro necios terminaban ofertando cifras inauditas por cuadros poco valiosos. Es que así se sentían parte del espectáculo, actores de reparto en el melodrama familiar obscenamente expuesto en cada noche de remate.

A Rolando Vainer, o el viejo Rolo, lo conocía bien, de casi toda una vida de profesión. No nos teníamos una franca antipatía, pero aún así Rolo casi no me saludaba más allá de la mínima inclinación de cabeza al cruzarnos en el salón, una noche por mes. A Romualdo Vainer, el hijo, lo sentía como un par, por más que yo tuviera casi la misma edad del padre. Sería porque Romualdo, a diferencia de casi todos los asistentes a la Subasta Mensual de Pintura Rioplatense, tenía un local a la calle, como yo había tenido a su edad. Ahora yo, como los demás sobrevivientes del arte, nos afanábamos disputándonos los contactos unos a otros, tratando de encajarle el cuadro con el que hiciéramos la mayor diferencia a algún ricachón más o menos desprevenido. Y luego de la crisis mi cartera de clientes se había reducido dramáticamente, al igual que mis ahorros, y en forma inversamente proporcional al crecimiento de mi incipiente pelada. A veces me daban ganas de llorar cuando volvía a ver en los remates a algunos de los cuadros que diez o veinte años atrás había logrado ubicar en un living familiar de clase media. Como parientes en desgracia, volvía a encontrarme ahora cara a cara con mis Gurvich, Pettorutis y Victoricas.

El hijo, o Roma, como le decían todos allí, llegaba al remate con los deberes hechos. Listas con precios tachados y anotados, y el catálogo lleno de palabras en tinta roja, que le daban un aura de sabiduría que atraía nuestras miradas ante cualquiera de sus gestos. No fuera que nos perdiéramos su dedo alzado ante una oferta, o que confundiéramos un estornudo con una señal secreta al rematador. Sus espeso cabello negro, sedosamente enrulado, ocultaba una mirada febril, en la que yo buscaba la respuesta a la incógnita de la noche.

El padre era la antípoda. Un intuitivo, el más temerario jugador allí presente, que en un imprevisible exabrupto quintuplicaba la base y se alzaba con un cuadro opaco y desconocido, que un mes después reencontraríamos en un catálogo de Christie's o Sotheby's, de Londres, a valores de delirio.

Aquél viernes por la noche Rolo y Roma se sentaron juntos, vaya a saber por qué, tal vez influidos por el espíritu de las fiestas. Era el último remate del año, y yo los tenía justo adelante mío, en la tercera o cuarta fila. Desde mi privilegiado puesto de observación traté de espiar las anotaciones de Roma. Garabateaba la cuarta página del catálogo y la fibra roja escribiendo sobre el papel de ilustración producía un zumbido amoscardonado que me adormecía hipnóticamente. Esos firuletes y arabescos me

capturaban por entero, y yo viajaba en las montañas rusas de sus notas, cayendo en picada por los nueves y los seis, o girando atrapado en los ochos y los ceros. Roma estaba por dar vuelta la hoja cuando la voz del rematador martilleó dos veces en mi cerebro, dando fin al tenso preámbulo, e iniciando el último remate de año.

Después de las humoradas de rigor, el rematador abrió la sesión con un cuadro poco interesante. Un Urruchúa bonito: otra cara expresiva y algo monstruosa de una vieja, una clase de pintura que caía en la desgracia por estar ya fuera de toda moda.

Cuando volví mis ojos al sagrado catálogo de Roma creí ver dibujado un círculo rojo seguido de una flecha que apuntaba a una cifra manuscrita tan remarcada, que una súbita diplopía me impidió descifrarla. Me sobresalté. Roma parecía tener interés en el único cuadro que yo había venido a comprar aquella noche. Un cuadro del todo intrascendente, según mi opinión, si no fuera porque había servido de ilustración para la tapa de una novela ignota, un oscuro policial de la colección El Séptimo Círculo, que habían creado Borges y Bioy Casares en 1945. Esta novela en cuestión había sido el libro favorito de mi juventud, la que me lanzó a una lectura convulsiva de ese género menor, que como dice Amílcar Romero, más que policial habría que llamar literatura criminal, siendo que los verdaderos héroes raramente visten uniforme. En la ilustración de la tapa se veía la figura cubista de un hombrecito casi abstracto, integrado a una trama misteriosamente geométrica, de la que participaba y era preso al mismo tiempo. El dibujo, que se llamaba igual que aquella novela, prometía una ficción intelectual en la que se insinuaba que el juego tendría la forma de un rompecabezas.

Roma, que debía tener un interés bastante menos sentimental que el mío en esa obra, me estaba revelando el secreto de la noche. Las manos me temblaban cuando di vuelta las páginas en mi catálogo hasta llegar al lote en cuestión, el número 77, en el que se leía: José Bonomi, El Solitario, óleo sobre papel, 0,32 x 0,22. Firmado abajo a la derecha. Base 400 pesos.

Volví a mirar hacia delante. Rolo, el padre, levantaba un dedo despellejado, ofertando con poco entusiasmo por una acuarela de Alpuy de los '50. El remate avanzaba bastante rápido y ya faltaba poco para que terminaran los cuadros con la letra A y comenzaran por los de la B. Roma parecía también desinteresado. El valor del Alpuy tocó los tres mil pesos y se lo llevó sin esfuerzo un gordo cordobés, conocido comprador de aquellas veladas. El rematador presentaba ahora un dibujo de Batlle Planas, luego vendrían un par de feos Bernis, y por fin un ignoto Bonifanti. Todo parecía muy calmo esa noche de verano, y el aire acondicionado adormecía a la concurrencia. Padre e hijo parecían ignorarse, como si tan sólo el azar los hubiera sentado juntos.

Por fin llegó el turno del Bonomi. Era un cuadrito de lindas proporciones, el diseño en distintos tonos de verde estaba enmarcado en una caja de bordes angulosos, negros y dorados. Esperé unos momentos antes de moverme. El rematador preguntaba: "Alguien por la base?", y nadie parecía reaccionar. "Cuatrocientos pesos, la base de este cuadro, obra del pintor ítalo-argentino José Bonomi".

Rolo, el padre, miraba al vacío y había enrollado el catálogo en un tubo muy estrecho que crujía a cada torsión de sus manos huesudas. "Nadie por el Bonomi?" volvió a preguntar el rematador. Era hora de hablar: diez segundos más y lo habrían sacado de la venta. Levanté el índice lo más suavemente que pude, pero el aire, tan tenso estaba, pareció moverse con él. Tanto que Rolo salió un instante de su ostracismo y se volvió hacia atrás para mirar despectivamente el lugar vacío que había ocupado mi dedo un segundo antes. Luego le dirigió una fulgurante mirada al hijo, que apenas carraspeó.

“Hay una oferta por la base, señores. Alguien más interesado?” Pestañee dos veces y disimulé mi interés abriendo el catálogo. “Lo vendo por cuatrocientos a la una, por cuatrocientos pesos a las dos, y... Cuatrocientos cincuenta por acá, cuatrocientos cincuenta...” Levanté la vista y mis ojos se cruzaron con los del rematador, que me preguntaba: “¿Quinientos pesos allí?” Hice una mueca con la boca. “Quinientos! Tengo quinientos. Seiscientos? Seiscientos, tengo seiscientos pesos”. Roma había alzado su dedo por delante de su cara, la que estaba por entero fuera de mi alcance visual. Detrás de su cabeza veía la sonrisa cómplice del rematador, aunque no podía determinar si la complicidad era conmigo o con Roma. De todas maneras yo podía estirarme hasta los ochocientos, una suma que, aunque modesta, excedía lo suficiente el valor del cuadro como para desalentar a cualquiera que tuviera un poco de idea del asunto y un mínimo de sentido común. Y yo estaba dispuesto a pagar cierto sobreprecio por tener aquella joya de familia. Así que le devolví la sonrisa al rematador y dije en voz neutra, pero terminante: “Ochocientos”. “Ochocientos”, repitió el rematador, gratamente sorprendido con el alza de la oferta, y agregó levantando decidido el martillo: “Vendo al Bonomi en ochocientos, a la una, a las dos, y a las...”

“Mil seiscientos” escuché decir al padre, como si hablara a través de su corneta de cartón. “Por qué a mí?” se me ocurrió pensar, “por qué este disparate me tiene que ocurrir justamente a mí?” Rolo parecía regodearse con la escandalosa cifra, y noté que el párpado superior de Roma sufría unas breves fasciculaciones nerviosas.

“Cinco mil” dije yo entonces con voz quebrada. Un murmullo de la audiencia acompañó mi oferta, quizá también alguna risa. Entonces vi con horror que el brazo de Roma se levantaba con ominosa parsimonia. Pero antes de que pudiera terminar su solemne recorrido el rematador, eufórico, pegó tres intempestivos golpes de martillo, y anunció: “¡Y vendí! ¡Vendí el Bonomi en cinco mil pesos...!” Algo había fallado en el mecanismo que ordena las reglas naturales de este mundo. Y como bien sabíamos todos los veteranos allí presentes, no es de buena práctica discutir un lote sobre el que ya ha caído el martillo.

Desde su púlpito el rematador se inclinaba hacia mí, y con algo parecido a un guiño preguntó por sobre sus anteojos: “...a Tulio, no es así?” Yo asentí con la cabeza y me levanté como un autómatas. El rematador nos dio la espalda y giró los brazos hacia la puerta que daba a la trastienda. Parecía un director de orquesta conduciendo el momento más sublime de una partitura. “¡El siguiente!” ordenó al morocho que sostenía en sus fuertes brazos el lote 78 del remate.

Sin mirar a los costados, yo avancé hasta el mostrador para firmar el pagaré. Y salí casi sin aire hacia la noche.

•

La calle Arenales me pareció desierta, ventosa y caliente. Me sentí como un turista en navidad, caminando calles extrañas e indiferentes. El resplandor de la vidriera de la casa de remates me resultaba agravante, doloroso, como si me acabaran de echar de la cena de Nochebuena. A media cuadra zumbaba la avenida Nueve de Julio, amarilla e impersonal, los autos hacían volar los papelititos caídos desde las oficinas para celebrar las fiestas. Decidí caminar hacia el otro lado, hacia Arroyo, y la caminata se me antojó espectral. Todo estaba cerrado, sin gente en las calles, salvo una mucama de uniforme azul, que corría como escapando de una amenaza, la bolsa de la compra flameando en su mano.

Mi cerebro estaba paralizado por un exceso de adrenalina. Estaba listo para correr, para hacer un esfuerzo extraordinario, y todo mi cuerpo temblaba preparado para la acción.

Pero no había a dónde correr. Sentí que todo lo que me importaba estaba ya jugado en aquella loca mano de póquer, sólo que no estaba seguro de si haberla ganado no atraería la maldición de la mala suerte. Decidí caminar hasta mi casa, un total disparate, dada la distancia. Quería poner mis ideas en orden, o lo que me daba igual, fatigarlas hasta la inconciencia.

Cuando crucé Suipacha un vaho del viento trajo unos pasos a mis oídos. Alguien me seguía, y casi me alegré de mi suerte triste. Tanto, que prolongué la caminata lo más que pude, con la ilusión de estar un poco menos solo. Pero al mirar hacia la derecha para ver si venía algún auto por la bocacalle de Esmeralda lo vi por el rabillo del ojo. Vi su melena negra, enrulada y eléctrica. Giré con una confianza supraterrrenal y enfrenté las chispas de sus ojos. Roma estaba a sólo pasos de mí, todavía sostenía el catálogo enrollado, que cambió de mano para extenderme su derecha.

-Buena compra -dijo secamente, y agregó -pero voy a suplicarte que desistas.

La familiaridad de su tono me conmovió casi hasta las lágrimas, y sentí que algún hermano perdido se había corporizado esa noche ante mí. Un hermano mucho menor, claro, pero que me hacía verme en un espejo gentil, en el que se borraban mis años y mis sórdidos resentimientos contra el mundo. En suma: sentí que el cielo me regalaba una visión del amor, y de mí mismo.

Sin embargo dije:

-De ninguna manera. Ese cuadro me pertenece.

Mi voz rebotó dura como una pelota en la calle de adoquines, rodando rumbo al bajo. Pero no me moví, ni lo hizo él. Quedamos enfrentados como dos duelistas a la espera del primer movimiento fatal. Noté que Roma me ofrecía sus familiares ojos grandes y mansos como una prenda de paz.

-El doble de lo que ofreciste -susurró casi sin mover sus labios carnosos -podría pagarte el doble.

-¿Diez mil? -dije casi sin creerme la suculenta cifra. -¿Pagarías diez mil por ese cuadrado? Pero qué valor tendrá entonces en Europa, me imagino, si...

-Ninguno, te lo aseguro -me interrumpió Roma. -El valor que le doy es tan afectivo como el tuyo, si es que no me equivoco al juzgar tu interés.

Su voz era cálida y no intentaba confrontar. Daban ganas de creerle. Entonces sonrió apenas y agregó:

-Conozco un lugar en que podríamos conversar en esta noche destemplada, si es que me aceptás un trago.- Y luego de darme una leve palmada en el hombro Roma cruzó la esquina, dándome la espalda.

Lo seguí obediente, sin soltar una palabra. Roma iba unos pocos pasos adelante, con un andar elástico, que se me antojó aristocrático. Tenía una complexión maciza, seguramente templada en el gimnasio, pero se movía como un chico. De pronto me sentí más viejo, como si lo doblara en edad. Tomamos por Esmeralda y luego cortó por el pasaje Sargento Cabral, el mismo camino que hubiera hecho yo, de haber liderado la recorrida.

Cuando pasamos frente a la galería de los Negri, Roma cruzó de vereda, y creí entender que compartíamos también las mismas aversiones.

-Los colecciono -dijo Roma, mientras nos abríamos paso desde el estrecho pasaje hacia una desierta Plaza San Martín.

-¿Te referís a los Bonomi? -dije a sus espaldas, anchas como un estandarte heráldico. Y me respondió, todavía sin girar la cabeza:

-Sólo los originales de la colección. Los cuadros que hizo para ilustrar las portadas del Séptimo Círculo. Supongo que sabés de lo que hablo. -Y luego de esperar en vano mi respuesta agregó: -Y ésta es la última que me falta.

No recordaba otras portadas de Bonomi. Barajé mentalmente los otros títulos que recordaba sin detectarlos. Pero en mi cerebro se imponía la imagen de "El Solitario", la grilla cubista de la pintura de Bonomi tratando de encajarse en el cuadriculado de baldosas blancas de la plaza, cuya fuga convergía ahora en el monumento del Libertador, montado en su caballo de bronce.

-Bajemos por acá, ya casi llegamos.- dijo Roma mientras bajábamos la barranca rumbo a la calle San Martín. Desde el canil un perro parecido al Rulo me miró con los mismos ojos húmedos. Pero el Rulo ya no estaba en este mundo desde hacía más de 10 años. Nos volvimos a meter en un pasaje aun más estrecho, el del Hotel Plaza. Roma y yo ahora caminábamos a la par, sincronizando silenciosamente nuestros pasos cada vez más enérgicos. Todo me parecía familiar esa noche en aquel barrio que yo no andaba desde hacía tantos años. El recorrido era casi el mismo que el que hacía cada martes, a la salida del Diario, cuando aún yo era joven y Sara todavía era mía.

En el bajo ya no estaban los tugurios para marineros, ni los bodegones por dos pesos. Ahora había una mezcla de bares celtas y whiskerías finas, con versiones actualizadas de las mismas coperas de hace 20 años. Pero era una noche muerta, y las chicas tenían pintada la desesperanza en los ojos vacíos. Roma no se detuvo en ninguno de estos antros, avanzaba con decisión y sin distraerse hacia algún bar que imaginé exclusivo. Llegamos por fin a la calle Reconquista y cuando Roma sacó las llaves del bolsillo entendí a dónde me llevaba.

El local de la Galería de Arte de Roma era casi invisible, embutida entre un moderno edificio de departamentos y una cerrajería, con una vidriera mínima, en donde no cabía más que un caballete, y ese único cuadro, un hermoso Gutero. Apenas entramos Roma encendió una lámpara de mesa y me señaló un sillón polvoriento. Había unos pocos cuadros expuestos en las paredes del pequeño local, en el que apenas cabían un escritorio y dos sillones. Pero los cuadros eran excepcionales, obras únicas de lo más exquisito de la pintura argentina. Me puse inmediatamente de mal humor: la débil luz de ese velador no me dejaría apreciarlos con justicia. Tampoco quería demostrar tanta curiosidad, y mucho menos la mezcla de admiración y envidia que sentía ante tanta belleza acumulada.

-No veo por acá la botella como para tomar esa copa que invitaste -dije sin sentarme, y recorriendo el lugar con la vista. Trataba de asimilar las hermosas obras mientras representaba la desinteresada actitud de un inspector municipal.

-Sí, te iba a invitar un trago. Pero además quiero mostrarte algo, Tulio. Tenés un rato, no?

-Bueno, ya que vine hasta aquí... Y no fue precisamente para conocer tu galería, Roma, aunque me alegra que me hayas invitado. Yo alguna vez tuve un lugar así cuando tenía tu edad.

-Mi edad? Pero si somos casi de la misma generación. Mi padre me habló mucho de vos.

-Ah, si?

-El te respeta mucho.

-En serio - me desplomé groseramente en el sillón.

-En especial desde ese incidente. Ya sabés, cuando denunciaste a Lavalle por ese lote de uruguayos falsos. Siempre me pareció algo muy valiente.

-Una boludez, fue. Me gané la excomuni3n del clan Lavalle, y en esa 3poca fue quedarse afuera de todo. Algo que no le pas3 a tu padre, ciertamente.

-No lo conoc3 a mi padre. Es un tipo duro y arrogante. Le cuesta ver el valor de otro que no sea 3l mismo. Soy su hijo, y s3 de lo que te hablo. Pero cuando a vos te hicieron el vac3o en aquellos remates 3l siempre te defendi3. Silenciosamente, y sin raz3n alguna. Es m3s, cuando perdiste la galer3a y remataron tus cuadros fue mi padre quien compr3 la mayor parte de tu obra.

-Mir3 vos. As3 que 3l era el tal Funes. Y se llev3 mis cuadros...

-Bueno, Funes era yo. No te acordar3s, pero a los 18 a3os yo trabajaba como empleado del Banco Naci3n. Era yo quien manejaba las ofertas telef3nicas.

-No me digas.

-Trat3 de ayudarte.

-Muy emocionante, Roma -dije, repentinamente exhausto de mi mal humor. -Pero se est3 haciendo tarde y tengo mucho viaje todav3a. No quiero ser grosero, pero si ten3 algo que mostrarme te pido que lo hagas ahora.

Roma se levant3 sin decir palabra y fue hasta la pared del fondo del local. All3 recorri3 de un golpe el gobelino que cubr3a una peque3a puerta roja.

•

La puerta daba directamente a la oscura escalera de servicio de un edificio, quiz3 el que se elevaba sobre el local, aunque m3s posiblemente fuera el viejo edificio de al lado. Era una abertura algo irregular, hecha sin dudas luego de terminada la construcci3n original, con un aspecto muy provisorio, casi ilegal. Roma volvi3 a avanzar delante de m3, en silencio, con la certeza de que yo lo segu3a. Sub3a las escaleras con gran agilidad, y yo pens3 otra vez en que hubiera hecho cualquier cosa para volver a tener su energ3a. No hab3a un ascensor a la vista, ni deb3a haber uno, supongo, pero yo lo busqu3 caprichosamente en cada rellano de los cuatro o cinco pisos en que paraba para respirar.

Sin aliento, llegu3 hasta la puerta que Roma hab3a dejado abierta. Tal vez fuera el efecto del esfuerzo f3sico o de las emociones de esa noche, pero el departamento de Roma me resultaba horriblemente familiar. Era un ambiente irregular y alargado, con pocos muebles inc3modos y anticuados, la ventana con carpinter3as de aluminio y un peque3o balc3n franc3s que daba a la calle oscura. Y ese conocido pasillo, por el que ahora se acercaba Roma, sonriente, con dos copas verdes llenas de licor.

-Ac3 est3. La receta es secreto de familia. Como esta peque3a colecci3n que te voy a mostrar ahora.

Desde atr3s de un mueble sac3 dos lienzos de las mismas exactas dimensiones, envueltos en una tela blanca y anudados con gruesos cordones. Los coloc3 primorosamente sobre el asiento de un sill3n de terciopelo verde, uno en cada extremo, dejando un hueco entre ambos. Orgulloso, se acerc3 a m3 y acomod3 enfrente del sill3n dos sillas vetustas a modo de platea.

-Salud. Por nuestro secreto -dijo, y nos sentamos.

Yo bebí de mala gana, y el sabor alcanforado me provocó una cierta náusea. Luego hubo un momento de silencio, en el que Roma pareció gratamente abstraído por la contemplación de los cuadros aún cubiertos. Por fin dijo:

-Se trata de un tríptico. Son todos obra de Bonomi, pero en realidad el verdadero diseñador es Borges. Bonomi fue sólo el intérprete. Los cuadros son producto de un sueño de Borges que se repitió tres veces: Borges, que ya era ciego, nunca quiso darles una forma literaria. Por eso convocó a Bonomi, a quien conocía por la Colección, y le contó su sueño para que lo pintara. Eran casi todas abstracciones, pero había algo sagrado, relacionado con una dimensión áurea. Cada pintura no es una repetición ni una variación, sino que los tres encajan en una única obra. Y "El Solitario", la pintura que se remató hoy, es la pieza central, la que le da un último sentido al tríptico.

Como no dije nada, prosiguió:

-No he descubierto las obras porque sólo quiero volver a verlas el día que se junten las tres. Ese día está cerca, no es cierto? Es una pavada, sólo dejás sin retirar el cuadro del remate y, como de costumbre, en diez días se venderá por la base. Cuatrocientos pesos. Y vos te llevás diez mil.

El licor me había aturdido. Bostecé ruidosamente, sin pudor.

-Dejame pensarlo un poco. Tu historia es interesante, Roma. Pero ya es tarde y como sabés, nunca fui rápido para los negocios...

-Pero no es un tema de negocios, Tulio. Es algo más que eso. Es participar de un misterio único. Es como ser de una misma familia. Bueno, hoy ya casi es sábado, el lunes es Navidad, no hay mucho que podamos hacer hasta el martes. Y a propósito, mañana es Nochebuena. Y mi padre me pidió que te transmita su invitación. Tenés otros planes? No? Mejor así. En su casa, una cena muy íntima, apenas yo y mi hermana Norah, mi padre y su novia, Sara Gagliardi.

-¿Sara Gagliardi? -repetí en medio de un bostezo que me devoraba. Tuve que cerrar los ojos un momento, al borde del desvanecimiento. Como un rompecabezas que se resistiera a cerrarse, el nombre de Sara aparecía ahora como una pieza dolorosa.

-La conocés, no?- Roma rió, infantil. -Es buena escritora, mi madrastra. Sólo te pido una cosa: no le cuentes nada del tríptico a mi padre. Tiene que ser una sorpresa-. Y enseguida, gravemente: -Mi padre me debe ese reconocimiento.

•

Cuando volví a abrir los ojos vi la claridad de la madrugada asomándose en el balcón. ¿Me había quedado dormido? ¿Seguía estándolo? ¿Habría sido aquel brebaje? La luz verdosa del amanecer iluminaba la fachada de enfrente, que se veía a través de la ventana abierta. Lo primero que despertó mi sorpresa fue el familiar silencio de esa hora, apenas roto por el piar de los gorriones. Luego me sobresaltaron las formas demasiado conocidas del edificio de enfrente, las molduras con forma de flor de lis bajo las ventanas. Yo ya había visto esas molduras en una madrugada como ésta. Habían pasado más de 20 años, pero estaban claras y frescas en mi memoria. Desde la cama, con Sara dormida y abrazada a mi cintura, yo había fumado muchos cigarrillos negros mirando esos mismos dibujos de yeso. Recién entonces lo supe: aquél era su departamento, el departamento de la calle Reconquista, que compartí con Sara Gagliardi todos esos martes, veinte años atrás. Allí, en esa misma pared en donde ahora estaba aquel horrible mueble se apoyaba su escritorio, y la espalda blanca de Sara inclinada sobre el cuaderno. Más allá estaba la biblioteca, con sus mil libros gastados. Y allí...

-Veo que ya estás despierto -dijo Roma, que me miraba a los ojos con la dulzura de una madre. Estaba sentado en el sillón de pana verde, en el lugar en que hasta hacía un momento estaban apoyados los cuadros del tríptico. -Hasta roncaste un poco, viejo.

Me levanté de un salto, peinándome los pocos pelos por reflejo.

-Creo que voy a ir partiendo -dije.

Roma también se levantó y anotó una dirección en una tarjeta.

-Descansá bien. Te esperamos mañana a las nueve, no?

-Creo que sí. -Lo miré: su mirada suplicaba como la de un borrego. Lo tranquilicé: -Y no te preocupes por el cuadro. Voy a retirar la oferta.

-En serio? No sabés la alegría que me das. Cuánto te lo agradezco. A mi padre...

Roma me tendía la mano y yo le puse un brazo en el hombro. De pronto estábamos abrazados, como dos hermanos reencontrados luego de una separación cruel.

-No. Gracias a vos, Roma, -lo interrumpí -por compartir conmigo tu secreto.

Y a modo de despedida le di un paternal beso en la frente. -Mañana a las nueve de la noche, en casa de Rolo- dije yo.

Salí a la mañana gris del sábado y me alcé el cuello del saco. El clima estaba realmente destemplado. Caminé con trancos largos por las calles desiertas, alejándome y sin mirar atrás. Crucé Reconquista y la Plaza San Martín. Seguí caminando y desemboqué en la calle Arroyo. Cuando llegué a la Casa de Remates me detuve un momento en la puerta. Todo estaba silencioso, indiferente, muerto. Saqué la chequera del bolsillo interior de mi saco y escribí la cifra ofertada: cinco mil pesos. Firmé, doblé el cheque y lo pasé por debajo de la puerta. No lo encontrarían hasta el martes por la mañana, luego de Navidad. Pero técnicamente el cuadro ya era mío.

Decidí seguir caminando hasta casa, un disparate, dada la distancia. Pero me sentía con ánimos, ya descansaría. Ya no tenía sueño, ni ninguna otra cosa para hacer durante todo el fin de semana. No, por lo menos, hasta la noche del domingo, hasta la comida de Nochebuena en casa de los Vainer.

Mayo de 2005

Nota al pie: Compré el cuadro del que se habla en este cuento en Septiembre del 2004, en el Remate Mensual de Pintura Rioplatense de la Galería Verbo.

"El Solitario" es la ilustración del pintor e ilustrador cubista José Bonomi para la novela del mismo nombre que editó Emecé en los años '60 ("La Brute", en el idioma original). Fue un libro que me intrigó mucho en mi adolescencia.

Pero este libro está muy lejos de pertenecer a la célebre Colección creada por Borges y Bioy en 1945, "El Séptimo Círculo" (para la cual Bonomi, efectivamente, diseñó las cubiertas, además del misterioso logo con el caballito de ajedrez). "El Solitario", sin embargo, es un policial bastante estrambótico de Guy des Cars, que cuenta la historia de un ciego, sordo y mudo, acusado de cometer un asesinato.

José Bonomi realizó muchas más ilustraciones para Emecé Editores, entre las cuales estaban, además de las del Séptimo Círculo, las de libros de Borges como "Ficciones" o "El Aleph", algunas de las cuales pude comprar posteriormente. DB

José Bonomi
El Solitario.
Óleo sobre papel, 0,32 x 0,22.
Firmado abajo a la derecha.

